

## EL RÁBANO POR LAS HOJAS<sup>1</sup>

Jesús Campos García

No había terciado aún la lectura del libro cuando vino a mi mente la expresión “coger el rábano por las hojas”, lo que viene a ser como decir “coger el todo por la parte menos valiosa, por la más accesoria, errando así la correcta valoración del conjunto”. O ese es, al menos, el significado que yo siempre le había atribuido.

Lo lógico hubiera sido rechazar la idea, que este es un libro que entra de lleno en el meollo de los temas que trata, por lo que el dicho en cuestión no parecía el más apropiado para introducirlo. Es más: puesto en el lugar de los autores, si a un libro mío le hacen un introito así, yo es que retiro el saludo. Pero como me conozco y sé que soy incapaz de rechazar una ocurrencia, sobre todo si es inconveniente, le eché paciencia y, convencido de que las habría, me puse a buscar las conveniencias, que a la intuición le gusta mucho jugar al escondite; primero te hace señas para que la persigas, y luego se oculta cuando vas a cogerla. Para mí que lo hace por jorobar.

Fue después de acabar la lectura del libro cuando caí en la cuenta de que esa es la forma en que se hace la recolección del rábano: se coge por las hojas y se tira de él hasta sacarlo de la tierra; jamás he recolectado rábanos, pero yo juraría que se hace así. Por lo que el dicho en cuestión podría, sin violencia, admitir igualmente una nueva acepción: “coger el todo por la parte más accesoria para sacar a la luz la parte oculta”, que, en definitiva, es lo que hacen los autores de este libro, pues tirando de las palabras y otras expresiones del acervo teatral, sacan a la luz temas muy jugosos a los que hincan el diente con tal fruición que acaban abriendo el apetito incluso a quienes no son proclives a los sabores picantes.

---

<sup>1</sup> Texto publicado como prólogo del libro: Manu Aguilar y Alberto Fernández Torres, *Tras la escena. (Reflexiones sobre palabras y hechos. Gestión escénica)*, Ciudad Real, Ñaque, 2005, págs. 9-13.

*Palabras en escena* aborda unas cincuenta cuestiones –cuestión más, cuestión menos, si tenemos en cuenta las que se cruzan entre sí, las que se desdoblán, las que abundan sobre lo mismo, o las que se complementan–, todas ellas pertenecientes al ámbito escénico. Y las aborda so pretexto de las palabras y expresiones que utilizamos para referirnos a ellas, siendo estas las cabeceras de cartel, las estrellas del espectáculo, los reclamos; por más que el fin último del libro no sea hacer doctrina lexicográfica, sino diagnosticar dolencias y otras alteraciones menos patológicas que se vienen produciendo en nuestro cuerpo escénico –teatral, mayormente–, a partir de los síntomas que el lenguaje evidencia.

Que se altere el sentido de las palabras forma parte de su naturaleza; milenio más, milenio menos, con el tiempo todas acaban por relajarse, ganando en misterio que lo pierden en concreción. Esa es la ventaja del poeta: que, al trabajar con materiales intangibles, puede cambiar los contenidos de recipiente sin que esto produzca recelo alguno, y así, diciendo cosa distinta, la dice más verdadera.

Otras mutaciones, en cambio, responden a intereses menos nobles, aunque no menos humanos, siendo harto frecuente que cada cual acomode los términos a su conveniencia para así apuntalar los argumentos de su verdad particular. Yo mismo, sin ir más lejos, unos párrafos más arriba, cambiaba el significado de una “expresión hecha” para someterla al interés de mi discurso, de forma que, sin salir del folio, con el mismo rábano y con las mismas hojas, venía a decir lo uno y lo contrario. Y si es posible que tú ante ti, y sin más cómplice que tú mismo, llesves a cabo semejante transfiguración en tan corto intervalo, qué no habrá hecho tanta tropa a lo largo de los siglos con las palabras de este oficio, siendo el teatro una profesión tan ambulante, y lo que es más divertido, siendo sus gentes personas duchas en conflictos y dualidades, expertas en disfraces, pelucas, maquillajes y otros recursos de caracterización, diestras en acrobacia y juegos malabares, y cómo no, conocedoras de las palabras y hábiles artífices de la ficción que con ellas se urde.

Y con esto no digo que, por estar mejor dotados, seamos más intrincados o más escurridizos en nuestras expresiones. Para nada. Que la

usurpación, la suplantación o la banalización lexicográfica –práctica común en cualquier ámbito– tiene más que ver con los intereses jerárquicos, económicos o sociales de quienes lo propician que con su habilidad. Y esto lo sabe bien cualquier palabra que se relacione con el poder, siempre sometida a innumerables presiones. Y aunque estoy convencido de que habrá alguna –yo no la conozco– que conserve su integridad, lo normal es que acaben por acomodarse, cuando no trabajando a comisión.

Por ahí van los tiros. En las relaciones jerárquicas dentro del microcosmos teatral o en las interrelaciones con los poderes de su entorno está el origen de la volatilidad, la mutación o el encallecimiento de los significados. Así lo han visto los autores del libro y así nos lo hacen ver, contrastando las acepciones que recoge el Diccionario de la Real Academia Española y el *Diccionario de usos* de María Moliner, con los más interesados que los distintos oficios de la profesión vienen haciendo de estos términos según su conveniencia.

(Puede, tal vez, que no sea exactamente así, pero es lo que subyace. Y no sólo en las palabras, también en las expresiones).

De ahí que, tras la lectura del libro, lo que apetezca sea remangarse y entrar en la refriega. Que aunque todos podríamos estar de acuerdo en muchas cosas –no necesariamente en las mismas–, todos podríamos, igualmente, matizar otras tantas, incluso rebatirlas con la vehemencia que esta profesión nuestra nos confiere. Hay tema aquí para mucha tertulia, pues al socaire de las palabras, el libro nos mete de rondón en los entresijos del teatro, quedando en entredicho la compleja convivencia de los oficios, los distintos modos de entender los procesos de creación, su régimen económico y su significación, así como la siempre difícil relación de esta actividad creativa –y, por consiguiente, reveladora– con los poderes de la sociedad que lo genera, lo sostiene y lo disfruta.

El acierto, la oportunidad y, sobre todo, la conveniencia de escribir *Palabras en escena* en estos tiempos en los que la ceremonia de la confusión alcanza cotas tan altas –no digo las máximas, porque nunca se sabe lo que el futuro puede depararnos– está fuera de toda duda. La fortuna de que fueran Manu Aguilar –experto en gestión teatral, muy baqueteado en su desempeño–

y Alberto Fernández Torres –economista y sociólogo teatral hasta la médula– quienes sintieran la necesidad de hacerlo tras sufrir la dificultad de tener que explicar lo que somos con las palabras que tenemos y el estado en que se encuentran, es muy de agradecer. Su preparación, su experiencia y su integridad avalan la valía del trabajo, si bien no les exime de haber incurrido en algún renglón de más –ruido de otras guerras–. Aficionados como somos a meternos en todos los charcos –y este es, ciertamente, tentador–, es fácil de entender que, con semejante disfrute, se escape alguna salpicadura. Aunque no sé por qué hablo, que lo mismo en su lugar, me hubiera mojado más. En esto –supongo que igualmente en otras cuestiones–, el distinto temperamento de los autores ajusta bastante el tono del libro al fiel de la balanza. Es mi impresión.

Y a propósito de charcos y de agradecimientos: gracias por invitarme a chapotear, que si ya la lectura del libro dio pie a no pocas reflexiones, escribir sobre lo leído siempre te lleva a dar un paso más. Y así, en la vorágine de mis contradicciones, según les rebatía mentalmente –también cuando coincidía–, llegué a preguntarme si no sería mejor ir al diccionario y borrar las palabras para partir de cero, por ver si, convocando un magno congreso, era posible consensuar una nueva terminología que significara lo mismo para todos. Craso error, que el lenguaje siempre es inocente; somos nosotros quienes, empeñados en cambiar la realidad –lo cual no siempre es inocente–, vamos cambiando las palabras de sitio como si fueran las marcas con las que delimitamos el territorio. Para bien o para mal, la inestabilidad de los significados es la prueba de la continua transformación –hay quien prefiere llamarlo crisis– que vive el teatro, y por más que este libro ayude a poner orden –de momento– en la codificación de nuestras palabras, por fortuna, la realidad, cambiante, nos obligará a expresarnos con lenguajes cambiantes. Claro que, a río revuelto, ganancia de pescadores, así que conviene andar prevenidos. Como tampoco está de más traer a colación lo de “Arrieros somos...”, por si algunos creen que sólo ellos saben. Y un poquito de “No por mucho madrugar...” tampoco nos vendría mal, que hay quien se adelanta que no veas. En fin, me temo que no nos va a quedar más remedio que seguir enredando con las palabras. Pues enredemos. ¡Qué rábanos!